

Congreso internacional para la pastoral de las personas mayores  
organizado por el *Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida*

## “La riqueza de los años”

29-31 de enero de 2020

### CONCLUSIONES

Gabriella Gambino  
*Subsecretario*

Lo que hemos escuchado y aprendido en los últimos días sobre la condición de las personas mayores en el mundo nos presenta enormes desafíos de naturaleza cultural, pastoral y espiritual.

Hay lugares geográficos en los que algunas semillas de la pastoral están fertilizando las tierras áridas y lugares en los que hay necesidades extremas que aún no pueden ser atendidas. Hay inmensos lugares donde la enorme presencia silenciosa de tantos ancianos comienza a convertirse en un grito sin voz. Hay muy poca pastoral para los ancianos en el mundo. Sin embargo, también hemos escuchado que existen algunos ejemplos que pueden propagarse por el mundo muy rápidamente. El deseo y la voluntad de la Iglesia es escuchar el grito de aquellos que no pueden hacerse oír porque son frágiles, están aislados, porque están solos, sin familia, enfermos, discriminados y excluidos, solamente por el hecho de ser personas mayores.

Por eso, al final de estos dos días, en nombre de nuestro Dicasterio, os animo a continuar nuestras reflexiones comunes en vuestras diócesis y en las realidades pastorales a las que pertenecéis. La conferencia ha acabado, pero comienza un *proceso de evangelización* que depende de las iglesias locales. Hemos puesto los cimientos juntos, ahora debemos continuar el trabajo.

Gracias por vuestro interés, por vuestro valor para estar aquí, por vuestra fiel respuesta a la llamada del Papa Francisco para cuidar de las personas mayores.

Incluso en los más amplios foros internacionales se ha incluido en la agenda<sup>1</sup> para los próximos años la urgente necesidad de proteger de manera decisiva a las personas mayores desde el punto de vista de la inclusión, salvaguardándolas de la cultura del

---

<sup>1</sup> *UN Program on ageing*, establecido por la Asamblea General en 2010 con la resolución 65/182 para fortalecer la protección de los derechos humanos de las personas mayores.

“edadismo” -que considera el paso de los años como una devaluación- y de todas las formas de discriminación. Corregir la representación negativa y degradante de la vejez, dominante hoy en día en muchas sociedades, debe ser un compromiso cultural y educativo que involucre a todas las generaciones.

La vida es un don, en todo momento, y mientras sigamos sin dar valor a la vejez tampoco sabremos dar valor ni siquiera a la vida naciente y a los niños, a los enfermos y a cualquiera que manifieste una forma de ser diferente de ese ideal ficticio de perfección hedonista y narcisista del que están empapados la posmodernidad y el mercado. Es hora de actuar, para que los que avanzan en años puedan envejecer con dignidad, sin temor de ser rechazados y de no contar para nadie. Por esta razón, debemos cambiar el activismo de algunos contextos eclesiales en una actitud de mayor escucha, cuidado y discernimiento de las necesidades de aquellos que van más despacio porque sus fuerzas se debilitan, pero que pueden ser una parte viva y activa de la sociedad.

Somos Iglesia y, como tal, debemos sentirnos interpelados a intervenir e inventar creativamente la pastoral de las personas mayores. Necesitamos una atención pastoral que esté atenta a la diversidad de las necesidades y que esté dirigida a mejorar las capacidades y posibilidades de cada individuo. Esto requiere dos actitudes internas: un fuerte deseo de conversión del corazón para captar el *significado profundo del valor de la persona anciana y una actitud de don entre generaciones*.

Hay un mandamiento muy hermoso en las Tablas de la Ley, hermoso porque corresponde a la verdad, capaz de generar una profunda reflexión sobre el sentido de nuestra vida: “honra a tu padre y a tu madre”. Honor en hebreo significa “peso”, valor; honor significa reconocer el valor de una presencia: la de aquellos que nos han generado a la vida y a la fe. Esta presencia no se refiere solamente a nuestros padres, sino a nuestros abuelos y a los que nos han precedido a través de las generaciones. “Es el mandamiento que contiene un resultado” - explica el Papa Francisco<sup>2</sup> - para que, honrando a los que nos han precedido, se puedan prolongar nuestros días y seamos felices (Dt 5,16). La realización de una vida plena y de sociedades más justas para las nuevas generaciones depende del reconocimiento de la presencia y riqueza que los abuelos y las personas mayores constituyen para nosotros, en todos los contextos y lugares geográficos del mundo. Y este reconocimiento tiene su corolario en el respeto, que es tal, si se expresa en la *acogida, el cuidado y la valoración de sus cualidades*. La vejez se manifiesta como un “tiempo favorable” en el que todo converge, para que podamos captar el sentido de la vida y alcanzar la “sabiduría del corazón”. Pero es

---

<sup>2</sup> Papa Francisco, Catequesis sobre los mandamientos (19 de septiembre de 2018).

necesario crear las condiciones para que todos nosotros, en nuestro camino hacia la ancianidad, maduremos esta sabiduría, es decir, la “fuerza tranquila con la que ponemos orden en lo que sucede en la vida, preservamos el pasado y llevamos adelante el futuro”, una especie de resolución que hace que la vida sea densa, seria y preciosa<sup>3</sup>.

La profunda belleza de esta enseñanza es la que debemos transmitir a las nuevas generaciones, con una *nueva e intergeneracional pastoral* que sepa incitar a los jóvenes al diálogo, ya desde el catecismo, con las personas mayores de su barrio, de la parroquia, de las calles y de las casas. Debemos crear condiciones concretas para que pueda haber un verdadero *intercambio de dones* entre generaciones. Esto nos ayuda a preparar a nuestros hijos para una vida densa, hecha de *servicio y diálogo*, para que un día puedan aceptar el pasar de los años, el debilitamiento de las fuerzas y tener una hermosa vejez ellos mismos.

Concretamente, teniendo en cuenta la heterogeneidad de la situación de las personas mayores en los cientos de diócesis del mundo, así como en los diferentes contextos culturales y sociales, juntos, podemos concluir, teniendo en cuenta algunos puntos para poner en la agenda una vez que hayamos regresado a casa, que esperamos poder poner en práctica según las necesidades de nuestras diócesis:

1. Considerar al gran pueblo de las personas mayores como parte del *pueblo de Dios* y no sólo como objeto de atención caritativa. Son una parte considerable del laicado católico y tienen necesidades especiales que debemos tener en cuenta. Por esta razón es necesario que las diócesis creen *departamentos dedicados* a la pastoral de las personas mayores.
2. *Una pastoral en salida*. La pastoral de las personas mayores, como toda pastoral, debe ser incluida en la nueva era misionera inaugurada por el Papa Francisco con la *Evangelii Gaudium*. Esto significa: anunciar la presencia de Cristo a las personas mayores. La evangelización debe apuntar al crecimiento espiritual de cada edad, ya que la llamada a la santidad es para todos, también para los abuelos. No todas las personas mayores han encontrado ya a Cristo, y aunque lo hayan hecho, es indispensable ayudarles a *redescubrir el sentido de su Bautismo*<sup>4</sup> en una fase especial de la vida y en una triple dirección: a. redescubrir el asombro ante el misterio del amor de Dios y la eternidad; b. para superar la concepción generalizada de un Dios juez que castiga, y en cambio descubrir la relación con el Dios del amor misericordioso; c. pedir a las personas mayores que forman parte

---

<sup>3</sup> Romano Guardini, *Le età della vita*, Vita e Pensiero, 2015, p. 55 (*Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung*, 1957).

<sup>4</sup> Cfr. Pontificium Consilium Pro Laicis, *La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y el mundo*, Ciudad del Vaticano 1998.

de nuestras comunidades, que sean protagonistas de la *nueva evangelización* para transmitir ellas mismos el Evangelio. Están llamadas a ser misioneros. ¿Dónde? Entre las personas mayores, los enfermos, los pobres, con los niños, en las familias y como esposos con testimonios de vida.

3. No establecer la pastoral de las personas mayores como un sector aislado, sino según un enfoque pastoral *transversal*. Es necesario que en todos los ámbitos de nuestro compromiso eclesial los tengamos en cuenta: la pastoral juvenil, familiar, laical. En este sentido, el Dicasterio tendrá en cuenta a las personas mayores en el contexto del Encuentro Mundial de las Familias y las JMJ.
4. *Valorar* los dones y carismas de las personas mayores, en la actividad caritativa, en el apostolado, en la liturgia, por ejemplo, implicándolas más en el diaconado permanente, en los ministerios del Lectorado y del Acólito. Pero también en los servicios litúrgicos, en el trabajo de secretaría de la parroquia, y como ministros de la Eucaristía.
5. *Apoyar* a las familias y estar presentes con ellas cuando necesiten cuidar de los abuelos ancianos. Las familias deben ser un *hogar* para los abuelos. Se debe alentar a las personas mayores a que permanezcan en su propio hogar con una atención domiciliaria integrada. La capacitación de profesionales y voluntarios ha de estar a la altura de sus necesidades. Y apoyar el asociacionismo familiar: las familias por sí solas no pueden con todo. Es necesario fomentar las *redes entre las familias*, para que sientan que pueden compartir sus esfuerzos y responsabilidades con otras familias. Para las personas mayores, la estabilidad en su familia es un factor esencial para su bienestar, en los estudios internacionales ocupa el segundo lugar después del valor de la salud. Y es necesario protegerlas con determinación y coraje de toda forma de abuso y violencia, psicológica, física y moral, tanto en las familias como en las instituciones, dirigiéndose a los diversos organismos civiles, y también eclesiásticos, en los que los abusos puedan ser denunciados sin temor. De la misma manera, debemos promover en las familias una actitud de estima hacia los abuelos, que pueden tener un papel educativo esencial en la transmisión de la fe, en la memoria de las raíces, en el testimonio de la oración. En el mundo hiperconectado, que cambia a una velocidad tecnológica a veces deshumanizadora, las personas mayores suelen quedar excluidas. Hay personas mayores que aprenden a utilizar Internet y sus herramientas digitales, pero también hay muchas personas mayores que ya no tienen las habilidades cognitivas para hacerlo y permanecen excluidas. No tienen acceso a las dinámicas virtuales que enjaulan a sus hijos y nietos, y se convierten en observadores silenciosos de un mundo que tiende a cancelar y abrumar las raíces,

la memoria, las tradiciones y los valores humanos y cristianos. Su papel es indispensable para recordarnos de dónde venimos, porque “el hombre es un ser narrador”, que necesita “revestirse de historias para custodiar su propia vida”<sup>5</sup>.

6. *Poner fin* a la cultura del descarte. Pensemos en todos los ancianos que piden ser internados en una residencia para no ser una carga. En el futuro, la sensación de la propia inutilidad podría tener resultados aún más preocupantes. Y en algunos países la eutanasia - explícitamente condenada por la Iglesia - ya se propone a las personas mayores solitarias y cansadas de vivir. Por lo tanto, cuando las personas se preguntan si su vida sigue siendo útil o de interés para alguien, pues bien, hay un vacío que la pastoral de la Iglesia debe llenar, hay una necesidad de un hombre que clama, que busca una mano que lo ayude. Busquemos estos vacíos, tendamos nuestras manos con coraje y amor. Como Dios Padre hace con cada uno de nosotros, cuando manifestamos nuestra debilidad y le pedimos ayuda.
7. *Cuidar* la espiritualidad de las personas mayores, para que la religiosidad de las personas mayores, junto con la piedad y la práctica devocional, sean sumergidas en una auténtica y profunda relación espiritual con Dios. El hombre que envejece no se acerca al final, sino que necesita acercarse a Dios y al misterio de la eternidad: 1. con *el apostolado de la oración*, que todas las personas mayores, incluso las más enfermas, pueden realizar. Cada persona mayor enferma, a través de la oración, ¡puede abrazar el mundo y puede cambiarlo con su fuerza! De hecho, incluso cuando es débil, cada persona puede convertirse en un instrumento de la historia de la salvación. 2. Con el *cuidado de los sacramentos*: Reconciliación, Eucaristía y Unción de los enfermos, explicando mejor este increíble don del Espíritu Santo, que demasiadas personas en el mundo confunden con un sacramento que anuncia la muerte, cuando en realidad es una fuerza para afrontar con serenidad y confianza cualquier dificultad del alma y del cuerpo. 3. Con el *diálogo espiritual*: con el paso de los años, la persona sigue viviendo la sucesión de las diferentes fases de la vida espiritual<sup>6</sup> y es necesario que nos ocupemos de los interrogantes, de la necesidad de intimidad con Cristo y de la participación en la fe, que existe también en las edades más avanzadas de la vida.

Estas son las pocas pautas que os podemos dar. Las soluciones concretas no pueden venir de nuestro Dicasterio, sino que sois vosotros los que las elaboraréis y maduraréis al encontraros con vuestros mayores. No se necesitan estrategias, sino relaciones humanas de las que puedan surgir redes de colaboración y solidaridad entre diócesis,

---

<sup>5</sup> Papa Francisco, Mensaje para la Jornada mundial de las Comunicaciones 2020.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, Carta a los ancianos, 1 octubre 1999.

parroquias, comunidades laicas, asociaciones y familias. Necesitamos redes sólidas con raíces fuertes, no iniciativas fragmentadas y frágiles, incluso si es de las semillas más pequeñas - como del grano de mostaza - que a veces nacen los proyectos más grandes.

Nosotros os acompañaremos y apoyaremos. Recordemos, como decía Romano Guardini, que la vejez es la edad de la sabiduría, que a menudo es el fruto de la experiencia: “lo que se crea cuando lo absoluto y lo eterno penetran en la conciencia y desde ella arrojan luz sobre la vida”. En el debilitamiento de las fuerzas, la persona mayor, aunque sea menos activa, *irradia*: con su sabiduría puede manifestar el sentido de las cosas. Y el hombre, para seguir siéndolo, siempre necesitará este sentido.